

No se responde; mas se desprende una lágrima que temblaba en los párpados.

—¡Oh, por Dios, dime qué es eso y no me tengas en esta ansiedad! ¿Qué te ha sucedido?—Entonces se rompe á llorar y se echa uno en brazos de la madre, contándole el caso; y ella conmovida, nos pasa la mano por la frente, exclamando:

—¡Bah, pobre hijo mio, tranquilízate; ya vendrán otros!

Con cuyas seguridades se calman nuestros dolores y se cambia la excitacion en un sentimiento de resignada tristeza.

¡Oh, madres! dejad venir con nosotros á vuestros hijos; los trataremos como si fueran nuestros, los amaremos como hermanos; salidos de entre nosotros, volverán á vuestro seno más amantes y expansivos, más fuertes y resueltos; porque entre los soldados se aprende á fortalecer el ánimo, sin que la ternura desaparezca del corazón; se aprende á amar con una clase de afecto que fortifica precozmente el espíritu.

Y en prueba de ello, os narraré un hecho ocurrido en cierto regimiento de nuestro ejército, no hace muchos años, y que me contó un amigo que tomó en él alguna parte. Procuraré recordar sus mismas palabras. Escuchad pues; pero entendámonos:

Habla mi amigo; no soy yo quien habla.

II.

Una de las últimas noches de Julio del año de 1866, nuestra division, que habia salido desde Batalla, poblachon situado en la falda oriental de las colinas Eugubianas, entraba en la ciudad de Pádua por la puerta de Santa Cruz debiendo atravesar sólo la poblacion para proseguir su camino hácia Venecia.

Aunque otros varios cuerpos del ejército hubieron ya pasado por aquella ciudad, y las rutas por nosotros atravesadas fuesen las más remotas del centro, y comunmente las ménos frecuentadas, sin embargo, la acogida que nos hizo el pueblo excede á toda ponderacion. Yo sin embargo, me acuerdo de esto como de un sueño; conservo sólo confusa reminiscencia, semejante á la que se tiene de los primeros coloquios con la mujer amada allá en los tiempos de la adolescencia, cuando tiemblan las piernas y nos ponemos pálidos del color de la ropa sacada de la colada, y se nos oscurece todo lo que nos rodea...

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 CÁDIZ

Al acercarnos á Pádua, la primera gran ciudad del Véneto que encontrábamos sobre la marcha, el corazón me latía fuertemente, y los pensamientos principiaban á confundírseme un poco. Cuando entramos y una muchedumbre inmensa prorumpiendo en altisonantes gritos se precipitó entre nuestras filas, rompiéndolas y rodeándolas, de tal modo que no quedó huellas de la formación en orden de columna en que caminábamos, entónces mi vista se nubló y aún algo más de la vista, se nubló también mi mente. Recuerdo que me sentí estrechar el cuello y la cintura por dos brazos convulsos, palparme los hombros y las manos por dos manos que temblaban; recuerdo que me sentí besar por muchos labios ardientes, con la misma furia con que besaría una madre á su hijo en el momento de volverlo á ver despues de larga ausencia; recuerdo haber sentido el contacto de muchas mejillas bañadas en llanto; haberme parado más de una vez para librar mi sable de las manos de un chicuelo que cogiéndome la hoja la sacudia con violencia á fin de que me volviese y reparase también en su humilde ¡viva! haber andado por espacio de algun tiempo cargado de flores y de ramitos que me iban colocando en los ojales del uniforme, como si fuera un esposo campesino; recuerdo por último haber escuchado á mi alrededor un continuado y resonante *vivaaa...*

Pero que no eran vivas, sino gritos inarticulados, sollozos sofocados, gemidos de oprimidos pechos abiertos repentinamente en incomparable expansion por la fuga de la alegría, voces de tal acento que mi oído jamás escuchara hasta entónces, pero que muchas veces habia oído allá en el fondo de mi imaginacion al explicarme á mí mismo lo que sería la expresion suprema de un placer infinito en toda la fuerza humana.

La muchedumbre se mezclaba con vertiginosa rapidez; ondeando, serpeando para arrastrar consigo á los soldados de acá para allá aunque avanzando en la misma direccion emprendida por la columna desde que entró. Por encima de las cabezas de la multitud se notaba una agitacion constante de brazos, de fusiles y de banderas, agrupándose y separándose con ímpetu, dividiéndose y desparramándose súbitamente al compás de los violentos abrazos y de las rápidas separaciones de paisanos y de soldados; los muchachos aferraban á la tropa por los faldones del capote y las vainas de las bayonetas, disputándose celosamente las manos para besárselas; las mujeres jóvenes ó viejas, pobres ó ricas estrechaban las manos de los militares colocándoles flores en el correaje y abrumándolos de preguntas sobre si venian de muy lejos y venian cansados, ofreciéndoles cigarros y frutas, casa y comida, mostrándose ofendidas con amable afectacion porque se

rechazase la oferta, renovando calurosamente las invitaciones y los ruegos; no se veía una sola faz que no estuviese trasfigurada por la emoción profunda: ojos dilatados y encendidos, mejillas pálidas humedecidas por las lágrimas, labios trémulos, y en cada acto además, en cada gesto, en todos los movimientos algo febril y convulso que se infundía en la sangre, sacudiendo violentamente nuestros miembros, hasta tal punto que á los saludos y bendiciones de la gente intentaba uno corresponder y no conseguía articular palabra.

Las casas se hallaban cubiertas de banderas; en cada ventana un grupo de personas apiñadas alargando el cuello, y en última fila se veían otras subidas en sillas apoyando sus manos en las espaldas de las primeras, quedando éstas aprisionadas contra los antepechos hasta reventar. Quién agitaba el pañuelo, quién los brazos saludando, quién arrojaba flores, y todos con el cuello alargado y la boca abierta con un continuo gritar semejante al piar de los pajarillos en el nido, en el instante de aparecer la madre. Ciertos chiquillos en brazos, agitaban también las manecitas hácia nosotros lanzando al aire pequeños gritos que se perdían entre los altos clamores de la muchedumbre. Las embocaduras de las calles á derecha é izquierda, las puertas de las tiendas y de las casas rebosaban gente. Vi muchos de aquellos buenos obreros que daban

un cigarro á los chicos que estaban en brazos y les señalaban al soldado al cual querían que se lo echasen; vi ciertas buenas mujeres que presentaban sus pequeñines á los oficiales para que los abrazasen, como si aquel abrazo fuera una bendición del cielo; vi tal cual viejo estrechar contra su pecho la cabeza de un soldado manteniéndola en aquella posición como si no quisiese que la separase de allí jamás...

En medio de tantas y tales demostraciones de gratitud, de afecto y de entusiasmo, los soldados, pobres jóvenes, se quedaban estupefactos y reían ó se les saltaban las lágrimas al mismo tiempo sin encontrar palabras con que dar gracias, ó si las encontraban no las podían pronunciar, ingeniándose de la mejor manera para expresar con el gesto:—¡Esto es demasiado, no podemos soportarlo, queréis hacernos morir de alegría!

A medida que nos acercábamos á la puerta por la cual debíamos salir, el gentío se aclaraba y los soldados iban poco á poco recuperando sus puestos en el orden de columna.

La puerta por la cual debíamos salir era la que los paduanos llaman el Portillo. Hasta allí nos acompañaron muchos ciudadanos, la mayor parte de la clase acomodada, entremezclados con los soldados, del brazo de ellos y todos dedicados á una conversación viva, clamorosa y rápida, porque al desahogo del primer entusiasmo que no en-

contraba palabras sino lágrimas y gritos, había sucedido una gran necesidad de desahogarse con frases, haciéndose mil preguntas, y mil protestas de afecto y gratitud, interrumpiéndose de cuando en cuando para mirarse, con sonrisa que equivalía á este razonamiento:—¿Con que es verdad que voy del brazo de un soldado italiano?—¿Con que es cierto que estamos en medio de estos benditos paduanos?—Y de aquí se seguía un apretón de manos ó un oprimirse el brazo que significaba:

—Estás aquí, te siento, no te dejo escapar.

En aquella media hora que se había empleado en atravesar la ciudad se habían ya establecido y estrechado muchas amistades, cambiado muchas promesas de escribirse y hecho muchos propósitos de volverse á ver al regreso, fijándose lo convenido, y anotándose en la cartera nombres y señas.

—¿Me escribirá V. primero?

—En cuanto llegue al campo.

—¿Me lo promete V.?

—Sin duda.

—Gracias.—Y otra vez se juntaban las manos y otra vez se estrechaban los brazos.

Y á medida que el regimiento se acercaba á la puerta, los diálogos se convertían cada vez en más rápidos, más expresivos, más calientes, más rumorosos, y los gestos se animaban renovándose los vivas que cesaron, y los soldados tornaban á desparramarse, hasta que ya en la puerta el grue-

so de la muchedumbre se detuvo para dejarnos pasar. Allí se renovó una confusión indescribible: abrazos sin número y apretones de mano sin cuento se cambiaron sucesivamente entre augurios de próspera fortuna, saludos y bendiciones. Por último, el regimiento fuera de puertas se distribuyó en orden de marcha, dos filas á la derecha y dos á la izquierda del camino. Por un poco de tiempo los soldados volvían el rostro de cuando en cuando hacía la puerta donde la multitud permanecía agitando los pañuelos y lanzando al viento las últimas saluciones; pero poco á poco empezó á oscurecer y el gentío apenas si se distinguía y las aclamaciones apenas si llegaban débiles hasta nuestro oído... luego ruido y personas desaparecieron por completo, y la tropa principió á marchar en orden yendo los oficiales que hasta entónces caminaban por grupos á ocupar sus respectivos puestos.

Ya llevábamos de camino muchas horas, ántes de entrar en Pádua, y penetramos cansados y á paso lento; mas al salir de la ciudad caminábamos como si hubiésemos salido al campo en aquel momento despues de largas horas de reposo. Los soldados iban derechos, separados y expeditos, las órdenes se sucedían cumpliéndose en medio de una vivísima charla: es natural, ¡había tantas cosas que decirse!

Yo permanecí largo rato como absorto. Cuando

fuí dueño de mí mismo sentí crecer la alegría en el corazón; una alegría pura, límpida, causada por aquella admiración de sorpresa que había sacudido mi sentimiento; era una alegría verdadera é intensa que me invitaba á llorar, y lloré.— Lloré tres veces durante toda la guerra. La primera, lágrimas de entusiasmo, el día que se pasó el Mincio, el 23 de Junio, cuando hallándose todavía mi regimiento á la izquierda del río cerca del puente de Ferri, ya se veían relampaguear á la orilla opuesta las bayonetas de la 7.^a division, y sentía á mi alrededor el estremecimiento de los soldados impacientes y percibía el rumor seco del puente que trepidaba bajo el peso de nuestra artillería.—La segunda vez lloré en Villafranca lágrimas de ira y de dolor.—La tercera vez lloré por ti Pádua querida, Pádua ilustre y generosa, lágrimas de gozo y gratitud; de gozo divino, de gratitud eterna:—¡ Ah, por qué no se podrán abrazar las ciudades!—pensé entre otras mil y mil cosas extrañas en aquella noche.

Habiéndose hecho noche cerrada se encendieron las linternas. La aparición de la luz reclamó mi imaginación llevándola á la realidad desde las elucubraciones que la habían ocupado al salir de Pádua, mirando de pronto de aquí á allá con los ojos dilatados como cuando despertamos en el cuarto de un hotel, donde no sabemos ni nos damos cuenta exacta de lo que hay alrededor, ni por qué ni

cómo nos encontramos allí, divisé al dudoso resplandor de una linterna dos muchachos que llevaban de la mano dos soldados. Volvíme al lado opuesto y vi otro, miré más allá y reparé en otros dos, iban muchos; todos eran conducidos por soldados y hablaban en voz baja, ocultándose en la sombra hasta donde les era posible para no ser descubiertos por los oficiales, que acaso los mandarian á sus casas bruscamente, puesto que aquellas no eran horas de alejarse de la ciudad y tener en cuidado á sus madres. Á la mayor parte de aquellos muchachos se les veían las carnes; eran pobrecillos é iban derrotados; pero también había algunos de clase acomodada, de maneras finas y vestidos con cierto aseo. Cada diez ó doce pasos se paraba alguno y daba ó recibía apretones de mano, cambiaba afectuosos saludos y se volvía atrás. Es imposible significar cuánta dulzura, cuánta efusión y qué delicado sentido de tristeza se percibía en aquellas despedidas. Contribuía y no poco á dar melancolía á estas separaciones el acento particular del dialecto que tanto se presta á la expresión de los afectos suaves, y á la conmoción profunda de los momentos anteriores. El silencio, además, de la noche y el compás de la marcha... todo hacia que cada palabra de aquellos chicuelos llegase hasta el fondo de mi corazón conmoviendo las fibras más vivas del alma. Siempre recordaré á uno de

aquellos que al despedirse saludando á su alrededor á todos los soldados, exclamó con una voz cilla trémula en la cual se percibía claramente los movimientos del corazón:—*¡Que Dios os salve á todos!*

¡Oh, gracias, querido!—dije para mí, que Dios te bendiga con toda suerte de bienes; que no se muera jamás tu madre; que goces cada día de tu vida de una felicidad como esta que siento en mi alma esta noche. Adios, buen muchacho.

Pero poco á poco todos aquellos chicos volvieron á casa; primero los más pequeñines y tímidos, despues los más crecidos y arriesgados, y quedó en el regimiento un silencio profundo; no escuchándose otro rumor que el de los pasos cansados y el monótono tic-tac de las fornituras y armamentos. Y empezaban todos á caminar dando traspieses y empujándose unos á otros como los borrachos que van del brazo. Y yo soñaba y tropezaba más que todos.

De pronto sentí que me hurgaban en un brazo; me volví: era un muchacho.

—¿Quién eres? le pregunté parándome y con voz soñolienta.

Titubeó ántes de contestarme, porque él también se iba durmiendo.

—Carletes—me contestó con voz baja y temblorosa.

—¿De dónde vienes?

—De Pádua.

—¿Y adónde caminas?

—Con los soldados.

—¡Con los soldados! ¿Sabes tú donde van los soldados?

No—respondió; y yo repuse:—Vuélvete á casa, anda, vuélvete pronto, te has alejado mucho. Quién sabe cómo estarán tu padre y tu madre á estas horas. Dame gusto, vuelve á tu casa.

No me respondió ni se movió siquiera.

—¿No te quieres volver?

—No.

—¿Y por qué?

No me respondió.

—¿Tienes sueño?

—Un poco.

—Trae acá la mano, pues.

Lo cogí de la mano y alcancé mi compañía que habia ya pasado un buen trecho, pensando que el hacerle volver á la casa por fuerza, obligándole á deshacer todo el camino, solo y de noche, era exponerlo á que pasase gran miedo; y así decidí conducirlo conmigo hasta el término de la jornada. Llegado á este punto, pensaba yo encontraría manera de hacerle tornar á su casa.

—Tenemos un recluta, dije á un compañero mio al pasar á su lado. El se acercó y luego algunos otros que escucharon mis palabras; mientras rodeaban al chico y me preguntaban quién

era y dónde lo encontré, se oyó un toque de corneta y el regimiento hizo alto. Mientras se rompian filas y los soldados se echaban á descansar, yo, conduciendo á mi pequeño fugitivo, crucé el camino en union de otros oficiales deteniéndonos en la cuneta. Llegó un soldado con una linterna, hicimos corro al chico y acercándole la luz á la cara nos inclinamos para verlo. Era bello, pero pálido y seco; tenía dos grandes ojos oscuros, y en el semblante una expresion de tristeza bastante extraña para un chicuelo de su edad, que no podía pasar de doce años. Gran contraste formaba con su aspecto delicado su traje remendado y andrajoso. Un sombreron de paja cubria su cabeza, al cual faltaba una parte del ala; un pañuelo azul rodeaba su cuello y una chaqueta de paño burdo hecha para las espaldas de un hombre cubrian aquellos hombros; un par de pantalones que apenas si le pasaban de la pantorrilla enfundaban sus piernecitas, y dos zapatones en bastante mal estado completaban el traje del infeliz. Mas á pesar de todo el chico tenía un aire distinguido y llevaba el pañuelo del cuello con un lazo hecho con bastante gracia; iba peinado, y la cara, las manos y la camisa las llevaba limpias. Lo observamos en silencio por algunos instantes, y él nos miraba sucesivamente á todos con ojos de asombro.

—¿Pero no sabes que vas solo?—le pregunté. Me miró y no contestó palabra.

—Todos los otros chicos se han vuelto ya, añadió un amigo mio, ¿y tú por qué no te has vuelto con ellos?

Y un tercero:—¿qué quieres hacer con nosotros, adónde quieres ir?

El chico miró otra vez á todos siempre con los ojos desmesuradamente abiertos; despues bajó la vista al suelo y siguió callando.

—Habla, dí algo—repuso uno de los compañeros tocándole ligeramente en un hombro—¿te has quedado mudo?

Y él siempre callado, siempre con los ojos clavados en el suelo quedó inmóvil. Intenté yo otra prueba tomándole la barba entre el índice y el pulgar, y levantándole la cabeza suavemente le pregunté: ¿qué dirá tu madre cuando no te vea volver?

Alzó entónces la vista y me miró no con aquella cara atónita del principio, sino con las cejas fruncidas y la boca entreabierta como si en aquel punto empezase á comprender nuestras palabras, y esperase que interrogándole todavía le hiciésemos decir aquello que necesitaba y que no tenía valor para comunicárnoslo por sí mismo.

—¿Por qué has huido de casa?—le pregunté de nuevo con dulzura.

Apretó los labios, parpagueó con celeridad repetidas veces, hizo un movimiento de los hombros embebiendo el cuello, y como si tragase

algo, y por toda contestacion volvió á plantarme sus dos hermosos ojos en los míos.

—Vamos, dí algo, ánimo ¿tienes miedo de nosotros? vamos, por qué has huido de casa.

Permaneció un instante mudo y luego se echó á llorar murmurando entre sollozo y sollozo:

—Me... pe... gan...

—¡Oh, pobrecillo!—exclamamos todos á la vez poniéndole las manos en la cabeza y los hombros y acariciándole la barba y las mejillas; —¡pobre chico! ¿y quién te pega?

—La... mamá.

—¿Tu madre? —le preguntamos todos admirados—¿pero cómo es eso?

—Por... porque no es mi madre.

Y aquí el pobre muchacho, á fuerza de interrogaciones, nos fué relatando á medida que nosotros completábamos su pensamiento y arrancábamos sus confesiones, que su padre había muerto hacia tiempo; que no tenía sino madrastra, la cual sólo quería á sus hijos, y no podía verlo, y lo maltrataba, y que no pudiendo sufrir más se había escapado para venirse con nosotros.

No había concluido de hablar cuando ya todos le abrumamos con caricias y consuelos.

—Vendrás con nosotros, buen chico; no te preocupes por nada. Tendrás tantos padres como soldados. Te querremos por tu madre y por tu padre y por todos; tranquilízate. Y queriendo se-

renarlo y hacerle reír le añadí:—y á quien te pregunte de quién eres hijo y de dónde has venido, le contestarás que eres hijo del regimiento y que te hemos encontrado en la funda de la bandera: ¿has entendido?

El muchacho sonriendo ligeramente hizo un signo afirmativo.

—Y en el ínterin, proseguí, apenas nos pongamos en camino te vienes conmigo ó con otro de los presentes, é irás á pié mientras te sostengan las piernas; y cuando te canses, nos lo dices, ¿has oído? y haremos que subas en uno de los carros.

El pobre Carletes que no podía creer en tantas demostraciones de benevolencia y creía estar soñando, movía la cabeza en señal de haber comprendido el programa y nos miraba con ojos admirados.

—¿Y ahora como estás?

—¿Estás cansado?

—¿Tienes sed?

—¿Tienes hambre?

—¿Quieres un poco de café?

—¿Un poco de licor?

—¿Oye tú, chico, donde has puesto el frasco del rosoli?—Tómalo.

—Vamos; bebe un sorbo.

—No gracias, no tengo sed,—y rechazaba el frasco con la mano.

—Bebe, bebe, que te sentará bien, te dará fuerzas. Y bebió.

—¿Quieres comer algo? Por ahora no hay más que pan.—¡Eh, tú, linterna, tráele un pedazo de pan!

El soldado que tenía la linterna le presentó un trozo de pan.

—No, gracias... no tengo hambre.

—Come, come; hace mucho tiempo que andas; necesitas vigorizar el estómago.

Dudó un momento; despues cogió con las dos manos el pan y empezó á morder por un lado con la avidez de un hambriento.

Nos miramos todos.

—Dí la verdad ¿cuánto tiempo hace que no comes?

—Desde esta mañana temprano.

—¡Oh!

En aquel punto sonó un toque de corneta, y volvimos á emprender la marcha. Pasada media hora, Carletes fué presa del sueño. Le preguntamos si quería acurrucarse en el carro, y repetidamente nos contestaba que no con una insistencia y una tenacidad increíbles. Y sin embargo la prueba de su sueño la teníamos en que de vez en cuando caminaba describiendo un continuado zigzag, yendo á dar con la cabeza en el codo de algun soldado. A veces se paraba quedándose derecho é inmóvil como una estatua, y luego ins-

tintivamente y sin darse cuenta, con los ojos cerrados, proseguía la marcha.

—Eh, Cárlos, ven conmigo—le dije tomándolo de la mano; y lo conduje á la cola de la columna, donde venian los carros, y cambiando una palabra con el cantinero lo hice allí acostar, mientras el pobrecillo continuaba replicándome todavía:

—Pero si no tengo sueño, si no estoy cansado... quiero andar todavía...—Y se durmió con un sueño profundo, murmurando que no tenía sueño y que deseaba andar.

Poco más de una hora seguimos la marcha, deteniéndonos otra vez por espacio de algunos minutos. Apénas sonó la corneta, los soldados de la última compañía que me habian visto conducir á Carletes al carro, redearon éste. Uno de ellos aproximó una linterna á la cara del chico y los otros se inclinaron para verlo. Seguía durmiendo con la cabeza apoyada en un saco de pan y los ojos y las mejillas aún enrojecidas por las lágrimas.

—¡Qué hermoso chico!—dijo un soldado á media voz.

—Cómo duerme,—murmuró otro.

Un tercero alargó la mano para hacerle una caricia.

—Quita allá, gritaron los demás, déjalo dormir.

Carletes se despertó y en el momento de verse rodeado por aquellas caras tuvo miedo por el

pronto; mas se tranquilizó y sonrió plácidamente.

—¿De quién eres hijo?—le preguntó uno.

Cárlos vaciló un instante y despues acordándose de mi consejo contestó muy serio:

—Soy hijo del regimiento.

Todos los soldados se echaron á reir.

—¿Quién te ha conducido con nosotros? ¿Dónde te han encontrado?

Despues de otra vacilacion contestó con la misma seriedad:

—Me han encontrado en la funda de la bandera.

Los soldados lanzaron una gran carcajada.

—Daca la mano, camarada,—gritó un cabo alargándole la diestra.

Carletes cogió la mano que le ofrecían y la estrechó.

—Echa esos cinco,—dijo otro.

—A mí tambien, y á mí, á mí,—y Carletes dió la mano á todos los presentes.

El último le dijo:

—Por siempre amigos, ¿no es cierto?

Y él repuso gravemente:

—Amigos por toda la vida.

En aquel punto sonó de nuevo la corneta y los soldados se alejaron riendo, y yo que aparecí de repente ante Carletes le pregunté:

—Y bien, ¿qué me dices?

Me miró sonriente y respondiíme:

—Los soldados me quieren mucho.

III.

Llegamos al campo hácia media noche; no recuerdo cuantas millas hicimos desde Pádua, ni en qué punto sobre poco más ó ménos se situaron las tiendas. Alguna aldea habia de seguro cerca del campamento; pero por mucho que se mirase no se distinguía punta alguna de campanario ni lejano ni próximo. El cielo ántes nebuloso y oscuro hasta el punto de no distinguirse una estrella, se habia serenado y hecho claro. El prado donde el regimiento plantó las tiendas hallábase iluminado por la luna y circundado por grande y espesa arboleda que le daba sombra oscurísima. Reinaba un silencio y una quietud de cementerio; era un paraje lleno de severa belleza, y mi ánimo de tal modo fué impresionado por el espectáculo, que entré en aquellos lugares como si penetrase en un jardín encantado.

En una hora quedó plantado el campo conduciendo los carros á su puesto y colocando los centinelas; las compañías se ordenaron sin armas